

\$1.20



Para
Todos

M. R.

Es propiedad

PARA LOS NIÑOS



I
L piloto volvió la cabeza hacia sus dos pasajeros y les dijo gritando para que sus palabras no quedasen apagadas por el endemoniado ruido del motor:

—¡Cambridge!

Siguieron volando durante un cuarto de hora y luego descendieron. Había bruma en las capas inferiores, pero tan escasa, que no privaba de distinguir las luces.

—Si aumenta la niebla, es posible que aterriemos en algún tejado! —masculló el piloto.

En efecto, la bruma iba espesándose por momentos y hacia imposible el reconocimiento del terreno. Aparecían luces y en seguida volvían a desaparecer.

Desecharon velocidad. Una brisa suave, empapada en agua, calaba hasta los huesos de los excursionistas.

—Listos... ¡Crco distinguir el suelo!

Reinaron dos segundos de angustioso silencio, sólo turbado por el sibilo del aire al rozar los tensores de acero y en seguida un trueno prolongado (la resaca rompiendo contra el litoral) hizo su aparición.

—Pero en dónde estamos? —gritó con angustia el piloto.

Un choque violentísimo levantó el aparato poniéndolo a riesgo de dar una vuelta de campana, pero por suerte volvió a recobrar la estabilidad y, tocando nuevamente tierra, continuó rodando has-

Machuchoo y Pilongo aviadores

Pilongo que había llegado la hora de abandonar el tibio lecho. Se asaron en un momento, se vistieron y salieron corriendo a la calle.

La oscuridad era completa. El aeroplano estaba encarcado al mar que batía el muelle con furia a escasa distancia. Dos o tres linternas de luces muriente daban apenas el respaldo suficiente para que el piloto en sus operaciones no anduviese del todo a ciegas. Unos cuantos marineros envueltos en pesados impermeables presenciaban y ayudaban con buena voluntad la carga de benzina.

El piloto dió febrilmente una última mano a sus compuestas, cargó en el aparato algunos sacos con correspondencia e indicó con un gesto a Machuchoo y Pilongo que era hora de subir al aparato.

—Como no corran mucho —dijo un marinero viejo— es probable que bailen algo por ahí arriba!... Está bajando el barómetro y en este tiempo es mala señal...

Trepido el motor con fragor de tormenta y la hélice en furioso torbellino comenzó su trabajo.



ta llegar a pocos metros de una masa oscura.

Los tres ocupantes, todavía muy sobresaltados, saltaron a tierra firme. A sus pies los hombres aparecieron entre la bruma como fantasmas.

—De dónde vienen ustedes?

—De Rugby.

Los hombres se miraron con extrañeza.

—Pues nadie lo diría! Más bien parece que vengan del mar...

—Pero ¿no estamos en Cunner-field? —balbuiced el piloto.

—No, señor. Han aterrizado ustedes a 100 metros del mar... en el muelle de Harwich.

Preguntaron por una fonda en donde pasar la noche y uno de los curiosos los condujo a un fonducho que tenía la ventaja de estar muy cerca de allí. Cenaron frugalmente y se encerraron en el cuarto que les había sido destinado. No tardaron mucho en dormirse, pues estaban cansadísimos por el partido de rugby que habían jugado aquella tarde.

A las 5 de la mañana, unos golpecitos dados en la puerta de su alcoba advirtieron a Machuchoo y

El aparato recorrió rápidamente el espacio de tierra firme sin lograr despegarse y al llegar al extremo del muelle se hundió en el vacío...

II

El aparato producía la impresión de que andaba dando tumbos por el alborotado firmamento.

—Pero qué pasa? —dijo Pilongo gateando por la estrecha comunicación del aparato hacia el asiento del piloto.

El pobre hombre enloquecido por la emoción, no recordó. Se limitó a señalar hacia las islas cuyos tensores (erradas hábilmente por Simeón en su casi totalidad), no habían podido resistir a los embates del huracán. El ala derecha inferior, sin sostén, había terminado por desgarrarse y amenazaba ruina total.

—Puede arrigarse eso? —preguntó a su vez Machuchoo.

—Es casi imposible —contestó, por fin, tartamudeando de frío—, habría que ir entendiendo por el ala y la operación es peligrosa hasta en tiempo ordinario...

Pero Machuchoo no era hombre que se acobarda. se ante el peligro. Se cistó su impermeable atánsodo de modo que el aire no hiciera presa en él y sin vacilar un instante saltó al vacío.

—Cuidado! —gritó el piloto — ¡Se va usted a hacer arrebatar por el viento!...

Pero Machuchoo ya no le oía. Cegado por el agua que caía a torrentes, zarrandado como un pelele por fuertes ráfagas, gateando ganando terreno, pulgada por pulgada. Por de pronto el peso de su cuerpo, equilibrando el avionato, permitió que el piloto pudiese gobernarlo más fácilmente.

—Sujete la lona... de modo que no flote!

Machuchoo, tras de inauditos esfuerzos, pudo conseguir uno de los tensores rotos, que la velocidad ponía tirantes como cuerdas de guitarra y rápidamente fué cosiendo con el mismo acero la tela al armazón del ala. Una vez lograda la burla compostura, retrocedió lentamente acercándose al cuerpo del avión.

—¿Qué? —dijo Machuchoo jadeante cuando los brazos de Pilongo lo hubieron izado nuevamente a bordo. — Marcha esto ahora?

Pero incapaz de resistir por más tiempo al a-



re, a la lluvia, al frío y a la emoción se desmayó. Pilongo lo recibió en sus brazos y tras unas vigorosas friegas en el pecho pudo ver con inmenso alegria cómo su hermano volvía a la vida.

El temporal amainaba, pero ya era demasiado tarde para tratar de salvar el aparato. Durante el huracán, el piloto había perdido la ruta en su furiosa lucha con los elementos y ahora procuraba remontarse para tratar de distinguir algún barge o la anhelada tierra.

—Esto no va! —dijo el piloto a los dos hermanos que securizados tras él esperaban poder ayudarle en algo.

Miraron el reloj. Eran las 8 de la mañana. El sol pugnaba por atravesar masas compactas de nubes sin lograrlo. A sus pies las olas agitadas todavía chocaban unas contra otras con fuerza estruendosa. El aparato se acercaba al mar por momentos a pesar de los desesperados esfuerzos del piloto. Los presuntos naufragos, pálidos, pero serenos, aguardaron el choque con el líquido elemento.

A las ocho y media, cuando un sol de invierno hizo su temida aparición anunciando el fin decisivo de la tormenta, el tren de aterrizaje rozando la cresta de una ola salpicaba a los viajeros de espuma y segundos después todo el aeroplano picaba en el mar produciendo el formidable choque que una tempestad... en miniatura.

¡Se acabó! —dijo el piloto despidiéndose una boquanada de agua salobre y abandonando la dirección que había logrado conservar casi hasta el último momento.

El aeroplano rodó un instante dando tumbos y luego, parado



—Se han hecho ustedes daño?



el motor, quedó inerte a merced de las olas que empezaron a barrolear en todas direcciones.

—¡Piloto! —gritó Machucho— ¡Me parece que la lona resiste bien por debajo!

—Lancen al mar la correspondencia mientras que yo desatornillo algunos hierros.

Pilongo se lanzó a cumplir la orden, pero de pronto dió un grito de alegría.

—¿Qué pasa? —preguntaron Machucho y el piloto intrigados.

—¡Pasa... que estamos salvados!

Machucho y el piloto se miraron. ¿Se habría vuelto loco Pilongo?

—Tiene usted goma, cola o algo que sirva para coser?

—Algo de eso hay, en previsión de alguna componenda —dijo el piloto.

—¡Pues manos a la obra! —gritó Pilongo en el colmo de la alegría.

—Pero qué obra?

Pilongo sin responder directamente a la pregunta puso en manos del piloto y de su hermano unos cuantos sacos vacíos y proveyéndose de unas tijeras empezo a rasgar sacos por la mitad.

—Y nosotros que hacemos? —preguntaron Machucho y el piloto en el colmo de la impaciencia.

—Ayúdame a hacer... ¡el globo!

—Acábáramos!

Y los tres se pusieron febrilmente a trabajar. La idea de Pilongo era buenisima, pues los sacos eran de tela engomada muy ligera. Si el mar respetaba al aparato, era posible en dos horas hacer un globo aceptable...

A las 10 de la mañana el trabajo estaba muy adelantado y el globo empezaba a tener forma de tal. Sin embargo, escaseando los sacos fué preciso arrancar tela de las alas del aparato sumergidas, con lo que disminuyó la superficie de sustención y fué preciso tirar al mar un buen pedazo del motor para evitar que el aparato se hundiese.

A las 11 el aeróstato estaba terminado y la barquilla (una caja) atada con 5 o 6 tensores al globo. Con gran emoción el piloto encaramado junto con Machucho y Pilongo en la barquilla inflamaron las latas de bencina y el informe globo comenzó a hincharse cabeciendo.

—Cuidado... mucho cuidado!

Por fin la pesada e informe envoltura comenzó a flotar en la atmósfera. El peligro estaba ahora en que el despegue no fuese lo suficiente rápido para permitir una elevación de unos

globo, lanzó un cañonazo con pólvora sola para reclamar la atención e hizo señales con banderas.

—... Pregunta quiénes somos...

Machucho cogió dos latas que llevaban etiqueta roja y, poniendo entre ellas su bufanda amarilla, indicó su nacionalidad.

Volvieron a ondear nuevamente banderas.

—¿Qué hay que decir ahora?

—¡Esto! —dijo el piloto arrebatando la bufanda a Pilongo y ondeándola.

Tres o cuatro chalupas automóviles se desprendieron de los potentes costados de los barcos y bogaban hacia ellos a gran velocidad. Pilongo apagó el fuego y el globo empezo a descender suavemente. Una chalupa con unos cuantos marineros y un oficial había llegado hacia ellos.

—Desciendan sin temor, que ya los pescaremos —dijo el oficial.

—Perdone usted una pregunta. ¿A dónde se dirigen ustedes?

El oficial vaciló antes de responder.

—... De crucero a las costas de España...

—De modo que...

—antes de 4 días están ustedes en Vigo.

—Fues... ¡muchas gracias, pero no nos conviene!... Buéjate, piloto, si así lo deseas.

El piloto no se hizo repetir la invitación, y se dejó caer de cabeza al agua. El globo sin aquel lastre de 80 kilogramos se elevó de golpe hasta más de 500 metros.

Las chalupas volvían a alejarse hacia los acorazados. El piloto debía haber puesto en antecedentes al oficial y pocos momentos después la chalupa y el piloto eran izados a bordo del buque almirante. Los gigantes de acero volvieron a vomitar torrentes de humo y reanudaron su marcha.

Machucho recapitó un momento.

—Era la escuadra del canal. Van hacia España o sea hacia el Sur. Si logramos encontrar una corriente que nos lleve hacia el Este, posiblemente aterrizaríamos en Francia o en Bélgica...

—Eres un tío con lógica! —dijo Pilongo alborozado.

El navio almirante volvía a reclamar atención.

Pilongo.

—¡Llevas lápiz? —dijo Pilongo.

—¡Aguarda... no sé!...

—Es igual, mete el dedo

en aceite y apunta donde quiera.

Y Pilongo fué dictando una serie de colores exactos a los de las banderas que iban apareciendo.

—Ya está!

—Ahora quítate la bufanda y agitala como yo.

Después de aquél saludo se pusieron nuevamente a trabajar mientras que los colosos de acero se iban alejando.

Acumularon combustible hasta que su suerte les hizo encontrar una brisa que los conducía poco

más o menos en la dirección deseada y, media hora después, señalaban una larga sombra a nivel del mar.

—¡Tierra!!!

Innumerables canales, llenos de barquichuelos aparecieron en una tierra llana y arenosa.

—Estamos en Bélgica o en Holanda... Según la hora que sea, aun no hemos perdido la apuesta.

Unos gritos interrumpieron la entusiasta charla de Pilongo. Un campanario se les venía encima a gran velocidad. No había tiempo de encender fuego y, de común acuerdo, lanzaron al viento sus impermeables y las latas de bencina soportantes.

—Has visto? —preguntó Pilongo.

—¡Calla, no me digas nada! —dijo Machucho con mal humor. —Por tu importuna charla por poco nos hacemos cisco!

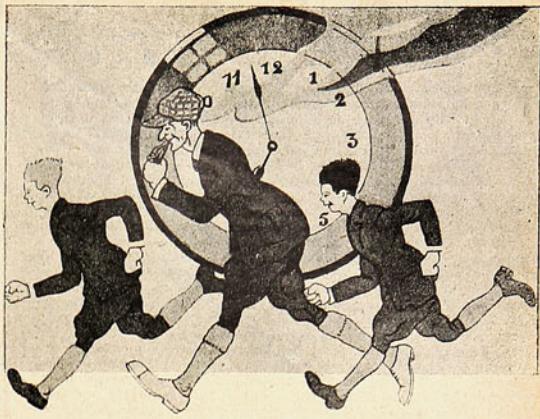
Estaban en campo raso. El globo volaba al lado de una carretera plantada de soberbios álamos.

Unos autos iban por ella.

Un tropiezo violentísimo seguido de una serie de tumulos y crujidos les hizo caer revueltos y confundidos.

—¡Córcholis!... ¡Caracoles!... ¡Rámpamo!

La barquilla cesó en su movimiento rotatorio y los dos muchachos, estrechamente abrazados, abri-



ron los ojos. Estaban presos entre las ramas de un servido de paracaidas.

Arbol altísimo y una providencia mente les había —Se han hecho ustedes daño? —preguntaron en francés.

Estaban en Gante. En Bélgica.

III

A las 6 de la tarde trae de devorar en tren especial los 280 kilómetros que separan a Gante de París. Machucho y Pilongo alquilaban un potente auto y devoraban la carretera que conduce a Le Bourget, en busca del inglés.

Preguntaron en las oficinas del inmenso aeródromo. Nadie supo darle razón. Corrujos y malhumorados, salieron al campo de aterrizaje de los aviones de Londres. Empezaban a encenderse los potentes faros de señales y la tierra estaba en una semi-oscuridad.

—Aquél debe de ser —dijo Pilongo a Machucho, notando un bujío extendido en el suelo y del cual se desprendían fuertes nubes de humo.

—¡Mr. Jhon! —gritaron al unisono.

El inglés se incorporó sobreseñando y confuso, pero reconociendo a sus dos amigos soñó una risotada y guardándose el cronómetro, propulsor y encendedor en uno de sus amplios bolsillos, les alargó ambas manos que se apresuraron a estrechar.

—¡Weil! Estaba a punto de quemar el cheque, ¡Este pobre Simposón tiene mala suerte en las apuestas!

Los muchachos lo arrastraban al auto y el chauffeur arrastraba al instante en dirección a París. Durante el trayecto Machucho y Pilongo le contaron sus complicadas aventuras.

Ya estaban cerca de la Banca cuando un policía precisamente frente a ellos extendió el brazo e interrumpió la circulación. Una enorme fila de vehículos se ponía en marcha y les cortaba el camino en sentido transversal.

Machucho saltó al asiento del chofer, a quien inmovilizó con su cuerpo, dió un bochinazo de aviso y apoderándose del volante lanzó el auto a toda marcha.

IV

El cajero miró el documento, luego el reloj y se puso a pagar el cheque. En aquel momento daban las 7 horas en sonoras campanadas. Machucho y Pilongo respiraron al inglés, por su parte, suspiró con satisfacción, mientras se embolsaba su dinero, y los dos hermanos oyeron murmurar:

—¡Ya es la tercera apuesta que ganó en mi vida!

Salieron a la calle y fueron a la oficina de Telégrafos donde pidieron el libro de señales marítimas y pudieron descifrar las señales que les había hecho el almirante. "Saludo intrépido aeronautas españoles. Deseo feliz viaje."

Llenos de alegría explidieron un radio.

“Aeronautas españoles al tocar felizmente tierra francesa saludan con coloridos ingleses, Machucho, Pilongo.”

La “Villie Lumière” reembandejó con sus miles de lectores luminosos. Los “boulevards” desbordaban de pasantes. Ante un periódico deportivo un grupo de gente comentaba con gran animación lo que acababa de escribirse, en un gran transparente.

Machucho y Pilongo se acercaron y la estupefacción los dejó clavados. Decía así:

“Han llegado Machucho y Pilongo. ¡Hay exageración en sus hazañas! Sería fácil averiguarlo con sólo que tomase parte en algunas de nuestras pruebas de portavas. ¡Lo harán!”

—¡Demonio! —dijo Machucho confuso. —¿Cómo habrán sabido nuestra llegada?

Well —dijo Mr. Jhon con flema—. Yo les he telefoneado!



...y se dejó caer de cabeza al agua.

cuantos metros y fuesen rodando por el mar.

El globo hacía desesperados esfuerzos para romper sus ligaduras.

—Suelta todo! —vozó el piloto considerando la hinchazón bastante.

Machucho y Pilongo se lanzaron uno a cada tensor. Libre de trabas, el globo dió un brinco y segundos después se mecía a unos 300 metros de la superficie del mar.

—Estaban en salvo!

—Basta de hurras, señores! —dijo el piloto a los dos hermanos que gritaban con gran entusiasmo.

Comprendiendo la justicia del reproche, los jóvenes se pusieron inmediatamente a trabajar y lograron que el globo continuase su marcha ascendente. Los restos del aeroplano empezaban a dejar de ser visibles, lo cual era un indicio de su marcha. Organizaron una especie de guardia por turno. De ese modo pasaron dos horas.

De pronto, el piloto señaló unas columnas de humo, diciendo:

—Estamos salvados!

Precisamente una corriente área los llevaba en aquella dirección y poco a poco en el horizonte fueron apareciendo los cascos de una veintena de navíos.

—La Escuadra Inglesa del Canal! —dijo el piloto con la mayor alegría. —¡Bajemos!

Bueno... ¡bienvenidos! —dijo Pilongo; pero no nego ni olvide que nosotros tenemos pendiente una apuesta. A las 6 de la tarde debemos estar en París.

Los buques estaba ya a una distancia tan corta, que podían distinguirse los menores detalles de su construcción. Multitud de marinos corrían por los puentes y se encaramaban a las cofas. El buque insinuado, intrigado por el raro aspecto del

PARA LOS NIÑOS

EL TESORO DE LAS ROSAS

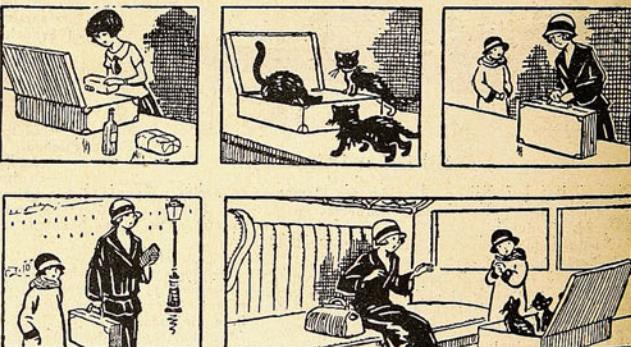
HACE muchos, pero muchos años, vivían en su pobre choza un par de leñadores, ya viejecitos, que disfrutaban de una gran dicha. Una mañana se levantaron muy temprano para ir al bosque cercano en busca de leña. Iban tranquilamente por el camino, cuando creyeron oír una especie de quejido que partía de un foso cubierto de rosales silvestres. —“Qué será?”—preguntó la vieja llena de sorpresa y de susto. —“Veamos”—contestó el hombre y con mucha decisión se acercó al foso mirando a su interior. Entonces dijo alegramente: —“Mira, mujer, qué guagua más linda”. La mujer se puso de rodillas para poder admirar a su sabor la criatura. En el fondo del foso había una lindísima niñita que sonreía, tendiendo a los leñadores sus bracitos blancos. —“La preciosa, es el cielo quien nos la mandó. ¡Cómo vamos a regalárnosla!... Pobre pequeño querubín... Tú faltabas a nuestra felicidad, ya que no tenemos hijos. Tú vas a ser nuestra hijita y la felicidad de nuestra vejez”. La mujer tomó en brazos a la guagua y echó a andar camino de su choza, seguida por el viejo, ambos llenos de felicidad. En la casa, delante de la chimenea, la niñita, reconfortada, sonreía cada vez con más confianza a sus padres adoptivos. —“Le vamos a poner Rosa”—dijo el viejecito. —“Sí—contestó ella—le llamaremos Rosa en recuerdo del sitio en que la encontramos. Ella será para nosotros el Tesoro de las Rosas”. Y ambos viejos se pusieron a acariciar a la niñita que con un gesto lleno de gracia tiraba de las blancas barbas del leñador. Y pasaron los años... y la niñita se convirtió en



una linda jovencita llena de belleza y de virtudes. Y una noche en que había tempestad, una pobre vieja cubierta de harapos llamó a la puerta de los leñadores pidiendo hospitalidad. La leñadora le dijo: —“Pase, buena anciana, séquese al lado de la chimenea mientras yo le preparo un plato de sopa”. Pero de repente, ante los ojos estupefactos de todos, la vieja harapienta se transformó en una maravillosa señora vestida de sedas resplandecientes y adornada por joyas sumptuosas. —“Yo soy—dijo—el hada Reconocimiento, madrina de Rosa que no es otra que la hija del rey y que estoy ahora encargada de llevar a su palacio”. —“Rosa, la hija del rey... Así que vamos a perderla...”—dijo la leñadora con los ojos llenos de lágrimas. —“Sí—confesó el hada—pero como ustedes han sido tan buenos con ella, tanto el rey como yo queremos que ustedes pidan lo que más deseen para concedérselo”. Entonces los viejos, llorando lágrima viva, dijeron a dúo: —“Nosotros no queremos nada, ya que nada nos consola de la pérdida de Rosita. Si usted, buena hada, se lleva nuestro tesoro, no nos quedará otro remedio que morirnos de pena”. —“No esperaba yo otra cosa de sus virtuosos corazones”—dijo entonces el hada.—Pero un desinterés y un cariño como éste merece un gran premio. Ustedes encontraron un tesoro y lo conservarán. Yo los llevo con Rosita a los palacios del rey, donde ustedes serán los intendentes”. Y así fué cómo en la mayor de las felicidades los buenos leñadores acabaron sus días en el palacio del rey entre Rosita y el hada que solía ir a verlos.

LOS GATITOS INTRUSOS

TERESITA y su hermana mayor, Gabriela, tenían que hacer un viaje. Teresita tuvo a su cargo la preparación del cocaví y su arreglo en una maleta. Preparó unos cuantos sandwichs, una torta de avena y unas presas de pollo con sus respectivas lonjas de pan. Acabado el arreglo, Teresita tuvo varias otras cosas que hacer, todo con mucho apuro, porque la hora de la partida se aproximaba. Mientras Teresita estaba en estos quehaceres, los tres gatitos negros llenos de traviesura y de golosinería que había en la casa, sintieron el buen olor de las vituallas y se metieron en la mesa comiéndoselo todo. Gabriela entró a la pieza y sin fijarse que los tres gatitos estaban en el fondo de la maleta haciendo la digestión de su comilonia con un buen sueño, cerró la maleta y salió prensada con ella en la mano, seguida por Teresita, ambas camino de la estación. No dejó de admirarlas one de vez en cuando sintieron unos ¡Miau! ¡Miau! medio abogados. Teresita pensó que a fuerza de querer los gatitos que estaban en la casa, los sentía en todas partes y Gabriela también pensó lo mismo. Ya en el tren pasó un largo rato en que las dos hermanas se dedicaron a mirar el paisaje por la ventanilla. Con el ruido del tren no sentían los maullidos desesperados que daban los tres prisioneros de la maleta. Al cabo de dos horas, como sintieran hambre, abrieron de común acuerdo la maleta, apareciendo ante sus ojos estupefactos los tres gatitos llenos de viveza y de ganas de jugar.



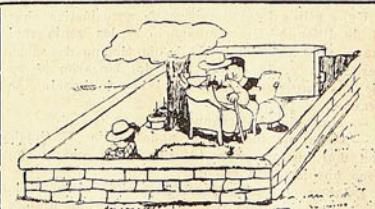
NOS los últimos días universitarios del verano, y después de las solemnes “calanzadas” septembrinas, circulan con protocolo programas, a veces redactados en centros docentes y descentes para anunciar la “repartición” de premios a los alumnos más aprovechados.

Todo ello parece plausible, incluso que entre los premiados haya hijos y nietos de algunos catedráticos, como testimonios de las disidentes leyes de la herencia mental; pero no parece tan digno de aplauso el uso de la palabra “repartición”, que tiene todo el aire de un barbarismo agudo, con aspiraciones a quedar bien en casa.

Tal vez buscando rebuznando se hallen ejemplos del uso de dicha palabra en el sentido de “reparto” o “distribución”, y se habla con propiedad cuando se dice “repartición” de consumos, o “repartición” de otras contribuciones; pero no parece práctica recomendable jubilar aquellas dos palabras tan castizas para usar a troche y moche la “repartición”, que es, ade-

MODOS Y MODAS DEL MAL DECIR

“Repartición” de premios



—Si eres buena... daremos luego una vuelta por el jardín.

más, término equívoco, porque significa propiamente “partición repetida o reiterada”.

Por el camino barbarista de la “repartición” de premios, además de dar de baja en el léxico de nuestro idioma dos palabras propias y sonoras, puede llegar fácilmente a la “repartición” de periódicos; a la hora de la “repartición” del correo; a la “repartición” de pañuelos de una obra dramática, y hasta a la “repartición” de tortas y bofetadas.

“Tibi una”, maestro Ciruela, si puedes a estampir (¡maldita sea tu estampa!) “repartición” de premios, y si consciente que lo dirán tus “círculos” discípulos.

U. C. de A.

Nota bene. Como de costumbre, bastantes lectores de ambos mundos me favorecen con su correspondencia, casi siempre anónima. Ninguno se impacienta, porque, si Dios quiere, todos caerán con el tiempo su condigna respuesta. —Vale.